

Amos Oz

## El abuelo Isidoro

El abuelo Isidoro abrió los ojos a las 9:15 de una mañana lluviosa. Le había despertado el estruendo de los cañones de latón, que avanzaban montados en chirriantes carros de madera tirados por caballos. Las tropas del General Shevchenko habían vuelto, al fin, a la ciudad y estaban volcadas en arrebatarse el poder a los fanáticos y expulsar a las masas armadas hacia los bosques, los pueblos llenos de barro, los pantanos.

Las campanas de la iglesia volvían a estar colgadas y sonaban de nuevo. Tiene que levantarse.

Tiene que levantarse, lavarse, echarse unas gotas de colonia, ponerse el traje oscuro propio de un notario público y una corbata de seda adecuada para la inminente reunión, coger su bastón, ponerse el sombrero, salir con algunos documentos bajo el brazo y tener la precaución de ocultar en el bolsillo de su abrigo una botella de vodka discretamente envuelta en papel. De camino hacia el ayuntamiento, tiene que pasar a recoger a los *Parnas* y los *Gubbay* por su casa y presentarse con la mayor educación ante el General, como cabeza visible de aquella humilde aunque veterana delegación que representaba a toda la comunidad judía: es hora de recuperar el antiguo entendimiento. Hora de renovar la relación de la comunidad con el gobierno oficial, con mesura y educación por ambas partes. El tiempo apremia. Tiene que levantarse y ponerse en marcha.

Mientras tanto, los cañones de latón tirados por robustos caballos han seguido su camino y ya no están. A buen seguro ya habrán llegado al río, y estarán disparando hacia la otra orilla, tal vez incluso hayan plantado fuego al magnífico bosque que queda enfrente. Tiene que levantarse.

Está bocarriba pero se gira con dificultad y se pone de lado. Retira la pesada manta con la mano. Sus pies desnudos buscan a tientas las zapatillas

como un par de mendigos ciegos. Encuentra una pero, para desespero suyo, la otra parece esconderse. Su crispada mano ase la agarradera de acero inoxidable que sus nietos se han tomado la molestia de fijar a la pared, junto a su cama. Tras un forcejeo en el que se ven implicados todos los huesos de su cuerpo, se levanta, con un pie aún descalzo, y empieza a luchar a brazo partido con los botones de su pijama de alegre estampado que su sobrina nieta le ha traído, como regalo, de un viaje a Londres. La radio, que se ha olvidado de apagar, ha estado toda la noche hablando y cantando y agitando y chillando. En aquel momento, una mujer disoluta trata de convencerle, con un susurro seductor, para que use “el jabón que mejor acaricia”. Con un furioso tirón del cable, arranca el enchufe y obliga a la furcia a guardar silencio.

El mundo está sumido en una oscuridad persistente, o tal vez sea sólo el dormitorio, o tal vez sean sólo sus ojos, que son de un azul sin brillo, como el agua en la niebla. Mientras busca a tientas el interruptor de la luz, sus labios murmuran entre dientes: *S’is gurniskt. Sha. Shtil. Goendikt.* Fuera, la tormenta ha amainado. Va hacia la ventana arrastrando los pies, descorre las cortinas con lánguida ira y mira hacia la calle, en la que sigue lloviendo. Es el mes de febrero en Jerusalén. Cae una lluvia intensa y constante. De vez en cuando, se oye el retumbar de un trueno débil que vuelve como un guerrero derrotado. En la acera hay una procesión de cubos de basura mojados; de uno de ellos, derribado por el viento, han salido un montón de periódicos encharcados que se pegan a las verjas. Los árboles, desnudos, están chorreando. Hay una penumbra gris y jirones de niebla enganchados en los tejados y los muros bajos de piedra. Junto a la carretera, un terreno abandonado lleno de cardos, atestado de chatarra oxidada, fustigado por la lluvia. Frente a él, un enorme cartel anuncia en tres idiomas: “Espacio destinado a la construcción del Centro para la promoción de la fraternidad, financiado por la comunidad judía de Montreal y la familia Eisenstadt”. Eisenstadt, el abuelo Isidoro se lamenta, con indignación y odio, pero eso también pasa. Una mujer con un impermeable cruza rápido la calle y desaparece. Un coche oscuro se aleja en dirección a Talpiyot o a la Tumba de Raquel. Los fuertes caballos y los carros de los cañones de latón han desaparecido en el horizonte, mientras en Jerusalén sigue cayendo una lluvia intensa y constante. El abuelo Isidoro tiritita a pesar

de que la habitación está caldeada de más. La medida y la educación se han esfumado. Vuelve a estar solo, como de costumbre. También Shneur Zalman Rubashov, el llamado Presidente Shazar, un hombre irritado e irritante, ha desaparecido. No queda nada. El antiguo entendimiento no se recuperará nunca. Era un antisemita sediento de sangre, aficionado a los *pogroms*, un loco, un borracho empedernido —el general Shevchenko, de infausto recuerdo—. Hacía tiempo que sus huesos se habían podrido bajo la nieve. Como los huesos de los encomiables Halberstamm y Zondel, el *Gubbay*, Dios venga su sangre de mártires y tenga misericordia de sus almas puras. Halberstamm no era ningún santo y Zondel hablaba demasiado y nunca sabía guardar silencio y de los tres sólo él había merecido ver Jerusalén y aquella lluvia incesante. *Geendikt*. Como se ha vuelto algo duro de oído, no oírás que Mathilda Azikri entra, con su delantal azul y le deja el desayuno en la mesilla, junto a la cama, y le dice “buenos días”. De todos modos, aquella mañana, no tocará el desayuno. Los cañones de latón situados en la orilla abren fuego sin piedad contra el magnífico bosque que hay en la otra orilla y los caballos se yerguen sobre sus patas traseras al oler el fuego y el humo. Se apartará de la ventana, cerrará las cortinas para que el repiqueteo de la lluvia quede fuera y volverá a encender la radio para escuchar sobre el porqué de la rabia de las naciones; y si descubre que la señal aún no ha vuelto, regresará furioso a la cama y se tatará de nuevo con la pesada manta porque le duelen las rodillas y la luz en el mundo, en sus ojos o en la habitación, es tan escasa. *S’is gurnishl*. Cerrará sus ojos, dejará con cuidado las gafas sobre la mesilla de noche y, lentamente, volverá a adentrarse en sus pensamientos.